

JOAN FUSTER, ENTRE EL COMPROMISO Y EL DISTANCIAMIENTO

Jacobo Muñoz

Universidad Complutense de Madrid

Es posible que el “hombre de letras” no escriba siempre, como reza un conocido apotegma francés, los libros que quiere. Y es posible también que Fuster fuera totalmente sincero –irónicamente sincero, diríamos mejor– al reconocer, por ejemplo, en su “Introducción” a *Nosaltres, els valencians* que ese libro, a cuya escritura se había entregado, no obstante, y como él mismo reconoce, llevado de alguna suerte de lógica interior profunda, hubiera exigido otro autor: algo así como un “oportuníssim centau-re d’historiador i de sociòleg”. Alguien, en cualquier caso, más “competente” que él. ¿Mas competente en qué? Se supone que en erudición histórica, en bagaje sociológico o incluso en destreza metodológica.

Sólo que esta consideración autocrítica –en alguien que, además, nunca cultivó la falsa modestia– apenas afecta al fondo de la cuestión. Cualquier historiador podría, en efecto, manifestar reservas por completo legítimas sobre algunas hipótesis historiográficas de fondo del libro. Sobre su central recurso, pongamos por caso, al esquema dualista, tanto en relación con una costa burguesa y urbanizada y un interior feudal y rural como a propósito de cristianos y moriscos, de corona y nobleza o, en fin, de Monarquía Hispánica y País Valenciano. O sobre su imagen esencialmente agraria del País, ya ampliamente superada –o en avanzado estado de superación– en los sesenta del pasado siglo. Como podrían oponerse reparos, sobre todo a partir de los desarrollos historiográficos posteriores a 1962 –muy deudores todos ellos, por cierto, de esa propuesta historiográfica radical, de enorme fuerza incitadora, que fue *Nosaltres, els valencians*– a su base documental y crítica, O a su innegable cripto-esencialismo, por mucho que este viniera compensado en él –siempre– por una visión de las identidades nacionales como proyectos colectivos, como construcciones a un tiempo culturales y políticas, en las que la lengua, eso sí, juega un papel conformador central.

Pero nada de todo eso afecta al sentido profundo de *Nosaltres, els valencians*, que es –como todos los escritos fusterianos– obra no de un historiador, ni de un científico social, sino de un intelectual crítico de estirpe ilustrada cuyas motivaciones y temática estuvieron siempre muy vinculadas, en líneas generales, “a uns quants problemes bàsics” de su comunidad y “al sentit més profund” de la cultura, en sentido lato, de ésta. Es decir, de alguien capaz de construir *nexos de sentido* –de hacer pensable, por ejemplo, el País Valenciano como un todo– y capaz también de *opinar*. Esto es, de

suscitar debates, de criticar datos. Y, sobre todo, de proponer fines. (De ahí, entre otras cosas, la condición de “proyecto de futuro”, de revulsivo nacional, de *Nosaltres, els valencians*.) De alguien que no vacila en fin, a la hora de asumir con una rara mezcla de lucidez, pasión y mordiente escéptico un talante crítico guiado, lejos de toda ofuscación ideológica, por la convicción de que “la veritat, els fets constatables i explícits, un cop delatada esdevé consciència”.

Así es, en cualquier caso, como fue entendiéndose e sí mismo a lo largo de las páginas que dedicó, por ejemplo, a algunos espíritus mordaces, acerados y de curiosidad intelectual tan infatigable como multidireccional de los que se sintió heredero. Unas páginas que versan, en realidad, en alguno de sus registros más profundos, sobre la conflictiva condición del intelectual. Detengámonos, pues, sin otro ánimo que el de contextualizar y descifrar la posición al respecto del propio Fuster, en ésta.

* * *

Es un tópico sólidamente establecido en la bibliografía sobre el tema que el intelectual “moderno” —en cuanto distinto del cultivador clásico de las *litterae humaniores*— es un producto del XIX francés, con partida de nacimiento documentada y documentable. Con el célebre “Manifiesto de los intelectuales” publicado en *L'Aurore* el 14 de mayo de 1898 habría surgido, en efecto, al hilo más o menos coyuntural del *affaire Dreyfus*, o se habría, en cualquier caso, hecho visible un personaje nuevo, paradigmáticamente representado por el Zola de *J'accuse*.¹ Un personaje heredero, claro es, de otros, como el clérigo, el escriba, el sofista, el humanista del Renacimiento, el filósofo ilustrado o el polímata, y como éstos, aunque mucho más “profesionalmente”, consciencia de la sociedad y director de consciencia de su público. Un público por lo demás creciente, gracias a una serie de bien conocidos factores ideológicos, políticos, sociológicos y *last but not least* tecnológicos.² Elevado a la categoría de “intermediario entre lo Justo, lo Verdadero, el Bien y el entorno de la Ciudad”, por decirlo con B.H. Levy, el intelectual ofició de gozne entre el Saber y la Opinión, entre la literatura y la política con gran éxito durante toda la primera mitad del XX, cuanto menos. Este intelectual crítico y “rebelde” —o, en cualquier caso, resistente— encontró su versión límite en el “intelectual revolucionario”, al modo del “intelectual orgánico” de Gramsci, cuya relación con la verdad y la universalidad tenía lugar a través de una mediación muy concreta —el Partido—, por una parte, y el “intelectual comprometido” al modo de cierto Gide o de Sartre, pero también de Malraux y de Camus, cuyos dramas de conciencia generaron en su día una abundante literatura. (Una literatura muy relevante, por cierto, y como veremos, en el proceso de formación del propio Fuster como intelectual a un tiempo comprometido, en algún sentido profundo, e independiente, en algún sentido no menos profundo, valga la sólo aparente paradoja.)

Esta notable figura inició su decadencia, como tantas otras cosas durante la década de los setenta del pasado siglo, según parece, dejando paso a otro tipo de intelectuales: el intelectual “específico” de Foucault, el intelectual “sin mandato” de Günter Grass o Juan Goytisolo o el intelectual “terminal” de Régis Debray. Y así, distanciándose del intelectual a partir de entonces llamado, no sin cierta malevolencia, “tradi-

¹ De todos modos, el término “intelectual” fue utilizado ya en 1822 por Saint-Simon.

² El propio Fuster ha escrito páginas muy esclarecedoras sobre la relevancia de la invención de la imprenta y la generalización del libro en todo este proceso. Vid., p.ej., *OC*, 2, págs. 31 ss.

cional”, Michel Foucault no dudó en dictaminar, en efecto, que “el papel de un intelectual no consiste en decir a los demás lo que han de hacer. ¿Con qué derecho lo haría? Acordémonos de todas las profecías, promesas, mandatos imperativos y programas que los intelectuales han podido formular en el curso de los dos últimos siglos cuyos efectos se han visto ahora. El trabajo de un intelectual no es modelar la voluntad política de los otros; es, por los análisis que lleva a cabo en sus dominios, volver a interrogar las evidencias y los postulados, sacudir los hábitos, las maneras de actuar y de pensar, disipar las familiaridades admitidas, recobrar las medidas de las reglas y de las instituciones y, a partir de esta reproblematicación (donde el intelectual desempeña su oficio específico), participar en la formación de una voluntad política (donde ha de desempeñar su papel de ciudadano)”.³

El “intelectual sin mandato”, por su parte, es consciente de que las fortalezas socio-políticas que de un modo u otro amparaban al intelectual comprometido se han venido abajo. De ahí su problema: ¿cómo continuar defendiendo la razón y la justicia desde posiciones cargadas de sentido, pero cuyas vías tradicionales de canalización sólo suscitan hoy temblor, soledad y autocrítica? Este intelectual que asiste a la creciente degradación de los valores democráticos de raíz ilustrada, a la lucha despiadada por el poder político, económico y cultural, a la abdicación de toda responsabilidad personal y a la indiferencia general ante el sufrimiento y miseria asumidas como “irremediables” de un tercio, cuanto menos, de la humanidad, es un intelectual que ya “sólo puede expresar la pertenencia en forma de negación”, por decirlo con Edward Said. Y que difícilmente podría ser de otro modo, toda vez que se enfrenta a la existencia, en todas las formaciones sociales del presente, de un continuo lingüístico configurado por un tipo de lenguaje –el lenguaje neutro y armonizador de una sociedad elevada ella misma a ideología– entre cuyas funciones principales está la de mantener el *status quo* y actuar de modo que las cosas transcurran “sin choque”, elevadas a la categoría –ellas mismas– de verdades incontrovertibles y, por supuesto, inmutables. De ahí la tentación del Adorno tardío: el “manuscrito en la botella”, el “teórico crítico” como último hogar de la verdad *otra* tras todas las decepciones trágicas de la tardomodernidad...

El “intelectual terminal, fotogénico y telegénico”, que ha robado el protagonismo a los héroes de la antigua “grafoesfera”, basada en la imprenta, sería, por último, el precipitado “blando” de los cinco rasgos que Debray asume hoy como característicos de la aldea global: “el autismo colectivo, la irrealización grandilocuente, el narcisismo moral, la imprevisión crónica y la instantaneidad”.⁴ Comprometida situación, en efecto, la del compromiso...

* * *

Precisamente al compromiso dedicó Fuster notable atención, como no podía ser de otro modo dada su formación, su atención a los debates del momento histórico en el que le tocó desarrollar la parte central de su obra y su reflexión constante, sin duda autoclarificadora, sobre el sentido del trabajo intelectual en un mundo que dejaba rápidamente atrás los supuestos sobre los que alzaron su obra aquellos de los que se

³ Cfr. M. Foucault, “El cuidado de la verdad”, en *Estética, ética y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1999, pág. 378.

⁴ R. Debray, “Muerte de un centenario: el *intelectual*”, *El País*, Madrid, 3 de junio de 2001, pág. 15.

sentía heredero: de Erasmo a Montaigne, de los grandes moralistas franceses a Voltaire y, en fin, de Gide a Sartre. Sin olvidar, claro es, a Bertrand Russell. Él fue por lo demás, uno de los primeros en hablar en Europa de la “muerte del intelectual”, mucho antes de que este sintagma se convirtiera en moneda corriente. Ya en 1960, y retomando reflexiones anteriores, Fuster escribía, en efecto, sobre este tópico en los siguientes términos: “La figura del “intelectual” –de lo que nosotros llamamos intelectual–, es, precisamente, una creación de la sociedad burguesa, quizá su más *típica* creación, sólo en su contexto histórico tiene razón de ser. El intelectual burgués, originado en la convulsa Europa del Renacimiento, no es, como pretenden los latiguillos de un marxismo barato, un “conformista”. Si bien se mira, su perfil más acusado se precisa en su posición *crítica* frente a la sociedad en que vive... Naturalmente, él podrá ser, en el futuro, lo que fue desde 1750 hasta hoy... Comoquiera que sea, el intelectual empieza a ser un hombre –o un oficio– cada día más borroso en la sociedad de nuestro siglo. Tal como es y tal como se quiere, no existía aún hace quinientos años; nada impide que dentro de muchos menos haya dejado de existir.”⁵

No es, pues, ningún azar que una de sus reflexiones más completas sobre el intelectual tomara cuerpo al hilo de una reflexión –precisamente– sobre Erasmo.⁶ Una reflexión, por cierto, no sobre las doctrinas y aportaciones concretas del *humanista* Erasmo, sino sobre “el drama mateix de la seva activitat d’escriptor”. O lo que es igual, sobre el drama del escritor que en una época convulsa –como la que le tocó vivir al propio Fuster– se vio obligado a optar entre dos facciones en liza, esto es, entre Roma y Lutero, sin poder tomar partido finalmente por ninguna de ellas, toda vez que en ambas veía valores positivos. Unos valores entre los que con mayor o menor fortuna, pero no sin altísimos costes, intentó tender puentes. De ahí a la situación del intelectual de mediados del siglo XX, tal como Fuster la percibía y *vivía*, no había, en su opinión, más que un paso...

Más allá de las anécdotas y contingencias históricas y más allá también de los contenidos concretos de su humanismo, Fuster rescataba de Erasmo precisamente el valor paradigmático del drama de su actividad de escritor. Un valor, digámoslo así, a un tiempo históricamente condicionado y transhistórico. Pero dejémosle la palabra:

Les condicions de l'intel·lectual d'avui no són ja les de l'època d'Erasme. Davant el conflicte actual, l'home de lletres –almenys l'home de lletres d'Occident– es troba en una posició prou semblant: de tota manera, ara no depèn de la generositat de mecenes que calgui acontentar, ni està tan aventurat a repressions inquisitorials. En certa mesura, subsisteix la vinculació econòmica entre l'escriptor i una classe social concreta –la dominant, que li compra els llibres i l'afalaga–, i encara hi ha sistemes coercitius, declarats o no, que reprimeixen les seves activitats en profit d'aquella mateixa classe (la qual és, no cal dir-ho, una de las faccions en armes, de la dissidència actual). Però si els riscs que hi corre no són tants ni tan greus com els que corria l'humanista del XVI, també els tem. L'abast simbòlic que, en els nostres dies, assoleix la figura d'Erasme, prové d'això: que els intel·lectuals contemporanis, com ell, es neguen a la servitud implícita en tot *engagement*, i com ell també, manquen de gallardia, de coratge, per a plantar cara a les inclemències d'una societat adversa. L'escriptor occidental té por de comprometre's rotundament amb el comunisme més o menys oficiós, perquè no desconeix l'aplicació “funcional” que se li assignaria; té

⁵ J. Fuster, “La muerte del intelectual”, *La Caña Gris*, nº 1, Valencia, 1960, págs. 3-5.

⁶ Cfr. la voz “Intel·lectual” del *Diccionari per a ociosos* (Barcelona, Edicions 62, 1992⁴, págs. 68-80). Se trata, de todos modos, de un texto escrito el 23 de febrero de 1956. Ha sido reeditado como parte originaria del *Diari* 1932-1960, *OC*, 2, 219-230.

por, a més, de trencar tots els seus lligams amb els mecanismes burgesos que combat, però que, en última instància, el protegeixen i l'alimenten. Ell, sí, està –per dir-ho d'alguna forma– en l'oposició: sobretot, en oposició íntima (o poster en contradicció) a l'estat de coses constituït. Una bona part dels nostres homes de lletres –els que inspiren aquesta reflexió– s'ofenen si se'ls retreu la seva filiació burgesa; fins i tot quan no gosen renegar-la, s'afanyen a distingir-la, a exceptuar-la de les responsabilitats sinistres que recauen sobre la societat capitalista. Es preocupen, però, com es preocupava Erasme, de no associar-se amb l'altra oposició, la militant i veritable, la del partit revolucionari, a pesar de totes les coincidències possibles. I es preocupen, al mateix temps, de conservar els avantatges que dins el món burgès tenen reservats, sense per això abdicar les seves condicions d'antagonistes, ni deixar d'enunciar-les, encara que sigui cautelosament. L'equilibri, tan precari, en què Erasme es volia sostenir, es repeteix ara a gran escala i en una diversitat d'encarnacions prou torbadora.⁷

Es posible que estas consideraciones estén demasiado condicionadas por el tiempo en que fueron formuladas. Fuster siempre fue consciente de que en alguno de sus registros fundamentales la actividad del escritor es “una activitat mediatitzada per *l'hic et nunc*”.⁸ Como fue consciente también de que el escritor debe intentar –y así se esforzó él mismo por hacerlo– trascender esos condicionantes. Y ciertamente, despojada de su pálpito más crudamente epocal, esta reflexión de Fuster contiene, a propósito del intelectual crítico, ese que él mismo fue, un valor que roza más con la categoría que con la anécdota.

* * *

En lo que a él respecta, fue fiel, sin duda, como bien ha visto Vicent Raga, a una concepción de la cultura orientadora, además, en su caso, de un trabajo intelectual de espectro asombrosamente amplio: como “repetició, insistència, continuïtat en l'abstracció (entesa com una espècie de comentari entorn de l'experiència quotidiana)”.⁹ Como “crítica de la vida”, si se quiere recuperar la expresión de Arnold. Pero esto es sólo un aspecto de la cuestión. Porque Fuster dobló esa concepción, trascendiéndola y concretándola a un tiempo, de una intencionalidad constructiva perfectamente autoconsciente cuyo objetivo se confunde con el designio de luchar contra la fatalidad biológica y social, contra las constricciones de un entorno siempre irreflexivo y tiránico, contra la compulsión a la inserción acrítica en lo dado –que reduce la educación a aprendizaje de mecanismos de mera adaptación–, contra el dogmatismo y, en fin, contra la ofuscación ideológica.

Por haber hecho del hombre “la medida de todas las cosas” ha sido muchas veces definido como un “humanista”. Y, ciertamente, el elemento liberal del humanismo burgués, de Erasmo a Thomas Mann, siempre le tentó. Como le interesó también el humanismo trágico de Malraux. Pero no por ello dejó de ser perfectamente consciente del proceso irreversible de fragmentación, de vaciamiento, del legado del humanismo clásico, de sus ideales y arquetipos, que ningún presunto “neorristocratismo” del espíritu podrá revitalizar de nuevo. Por todo ello, su humanismo fue, si es que ese término

⁷ *Loc. cit.*, págs. 73-74.

⁸ *OC*, 1, 12.

⁹ V. Raga, “Joan Fuster: l'estil i la influència”, en *L'Espill*, Segona Època, núms. 8/9. Tardor-Hivern 2001, pág. 122.

debe ser usado aquí, un humanismo crítico y vigilante. Y comprometido. Sólo que el compromiso de Fuster fue de orden óptico, si se me permite el tecnicismo filosófico. Es decir, un compromiso con lo que le constituía: una lengua, una historia y una cultura. Firme en él, supo siempre matizarlo doblándolo de distanciamiento. De un distanciamiento que era, ante todo, autodistanciamiento. Ese sin el que el compromiso –y no digamos ya algunos compromisos *totales*– deviene *ciego*. Algo que el viejo búho de Sueca nunca fue, desde luego.

* * *

El intelectual con el que, por todo ello, Fuster se identificó a lo largo de muchos años de “jornalero de la escritura” fue el guiado por el afán de coadyuvar con su trabajo a la creación de lucidez y autonomía, a la creación y cultivo de la consciencia histórica –algo sumamente relevante en épocas presuntamente “posthistóricas”–. Alguien, en fin, que no se autoasume ya como el hogar de la verdad ni cree que el mérito del intelectual radique en la ejemplaridad de su vida –algo que comparte, si es que ese es el caso, con otros muchos ciudadanos de todo tipo–, ni en su capacidad de arriesgar cárcel y muerte por sus ideas, toda vez que han sido muchos más los no intelectuales que han corrido esa suerte, ni en sus conocimientos generales, que también pueden ser compartidos por otra gente atenta o informada, sino en la *calidad de su intervención en el proceso general de ilustración social*. En el proceso, por decirlo de modo más solemne, de autoapropiación racional del mundo por la especie humana.